

Concepto de experiencia humana, jóvenes y violencia

*César Núñez**

*Liliana Gallo Consuegra***

*Elizabeth Gómez Etayo****

*Nora Margarita Vargas Zuluaga*****

*Josué Carantón Sánchez******

*Anyerson Stiths Gómez Tabares******

Resumen

Con el ánimo de ubicar algunos referentes conceptuales que ayudan a orientar el libro como una construcción que, naturalmente tiene múltiples matices, dado la diferencia de las posturas de los investigadores en los diferentes contextos de los estudios que representan el contexto de la obra, el presente capítulo ubica una reflexión que contempla en la primera parte la forma como se relaciona la interacción simbólica y la construcción de estructuras de sentido en la experiencia humana, lo cual busca explicar cómo la realidad en que vivimos es construida a partir de las representaciones simbólicas de lo real. Posteriormente, se alude al concepto de juventud y jóvenes en el sentido de ubicar que la intencionalidad para el caso de este libro enfatiza más en los jóvenes que en su abstracción representada en la categoría juventud, por cuanto dicha categoría enmarca el lugar epistemológico de la condición

* Docente e investigador, facultad de Ciencias Sociales y Humanas, del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: cnunez@udem.edu.co

** Docente e investigadora del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: lgallo@udem.edu.co

*** Docente e investigadora del Grupo Conflictos y Organizaciones. Directora del Instituto de estudios para la sostenibilidad de la Universidad Autónoma de Occidente. Correo electrónico: egomez@uao.edu.co

**** Docente e investigadora, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: nmvargas@udem.edu.co

***** Doctorando en Educación Universidad de Salamanca, España; docente catedrático Facultad de Medicina Universidad de Antioquia. Correo electrónico: ilvar.caranton@gmail.com

***** Docente e investigador del Programa de Psicología de la Universidad Católica Luis Amigó. Correo electrónico: anyerspn.gomezta@amigo.edu.co

juvenil, entre tanto que la categoría de jóvenes va más orientada a la acción de los mismos como parte de los procesos de violencia, pero también de la construcción de acciones de paz y convivencia. Finalmente, se hace un breve acercamiento al concepto de violencia, partiendo de la premisa que esta en esencia implica una categoría construida socialmente a partir de estructuras simbólicas de lenguaje y sentido de actuación contextual por los actores sociales.

2.1 La experiencia humana y la representación de estructuras simbólicas

La experiencia que permite construir el mundo en que se vive necesariamente está en sintonía con el significado y sentido del lenguaje que la soporta; la misma surge en el encuentro intersubjetivo y vinculante con el otro, dotando así de significado las acciones humanas y las construcciones sociales y simbólicas. En tal sentido lo que se piensa, tanto como lo que se sabe y siente, existe en la representación de realidad porque significa y tiene sentido para los individuos; esto es, porque existe a partir del lenguaje. La experiencia humana en el marco de la interacción es entonces un sistema complejo que debe dimensionarse a partir de las permanentes construcciones de significados y de dotación de sentido que acompañan la construcción colectiva de la cotidianidad, lo que constituye, según Ritzer (1993), la prioridad de lo social.

La vida cotidiana como espacio de interacción, es una multirepresentación en la que el sujeto existe en relación bidireccional del significado con otros. Para Berger y Luckmann (1986) la realidad construida a partir de la vida cotidiana es algo que se comparte necesariamente con otros en sentido vinculante, por cuanto sugiere que en la situación cara a cara el otro aparece como un presente vivido y compartido. El eje de mediación de esta relación es el lenguaje como nodo central a partir del cual se logra significar y comprender la realidad. La significación lingüística sustenta en primera instancia las objetivaciones (acuerdos compartidos colectivamente) comunes en la convivencia dentro de la vida cotidiana.

La experiencia humana como realidad objetiva parte de la construcción permanente de significados que precisamente se objetivan vehiculizados desde el lenguaje en campos de experiencia, esencialmente conversacionales, y que abarcan, tanto la convencionalidad formal como la cotidianidad no convencional. De este modo y tomando como base el interaccionismo simbólico según Ritzer (1993), en la experiencia humana se da una influencia directa de los significados y los símbolos sobre cualquier acción; aquí los sujetos como actores y autores de lo social se vinculan mutuamente en la dinámica misma

de las actuaciones sociales que se objetivan en el hecho de convertirse en "los demás de los demás" (p. 87).

La realidad constituye, en tal sentido, todo aquello que existe en la medida en que es significado y dotado de sentido por los sujetos a partir de conversación y diálogos que crean, mantienen y orientan la realidad y la vida cotidiana (Berger y Luckmann, 1986). La vida cotidiana y las configuraciones simbólicas de los sujetos en ella se puede considerar como un aparato conversacional que mantiene, modifica y reconstruye continuamente la realidad subjetiva, procurando construir objetivaciones sociales con y para otros.

El contexto histórico y social del otro esta constituido por procesos de significado que se viven en el presente cotidiano y connotan sentido a partir de las estructuras simbólicas subyacentes al mundo público y privado, donde se da la negociación y acuerdo de significados de los sujetos en ellos. El significado es una representación que se da en lo intersubjetivo y que permite ubicar a los hablantes en la comprensión y expresión objetiva de su realidad por medio del lenguaje, lo que permite la opción de la lectura y reconocimiento del otro, en lo evidente y no evidente.

Una expresión comunicativa que es esencialmente subjetiva, al orientar su significado ocasional y real, se orienta respecto a la persona que habla y a su vivencia (Schutz, 1993), es decir, desde el contexto y vivencia desde el cual construye su significado y explica su sentido experiencial. De acuerdo con esto, existe una diferencia entre el contexto de significado objetivo y subjetivo. Para Schutz (1993), el primero, se podría entender como el contexto de significado que existe en la mente del intérprete, mientras que el segundo trasciende la versión del mundo objetivo hacia el sentido del contexto dentro de la mente del productor. Ello se reafirma en lo siguiente:

[...]un contexto subjetivo de significado esta presente entonces si lo dado en un contexto objetivo de significado fue creado, por su parte, por un tú. Sin embargo nada implica esto, acerca de la clase particular de contexto de significado sobre la cual el tú ordena sus vivencias o acerca de la calidad de esas vivencias mismas. (Schutz, 1993, p.134)

En lo objetivo se constituyen formas de ordenamiento en que el intérprete realiza una serie de acciones conducentes a la coherencia interpretativa a partir de la totalidad de su contexto de vivencia y con el lenguaje como aparato dinamizador, y no solo como nominador.

El lenguaje es capaz de trascender el marco de la realidad mas allá de la nominación, y en tal sentido, se puede afirmar que es la significación subjetiva la que permite acercarse a contextos de construcción de sentido, este permite

construir edificios de representación simbólica que representan la realidad cotidiana, es capaz de producir, reproducir y recuperar sistemas de ordenamiento simbólicos concretos y abstractos, lo que permite ubicar un mundo de sentidos de lenguaje que posibilitan el acercamiento a los significados que las personas construyen, reconstruyen y deconstruyen en la vida cotidiana.

Tal como lo plantea Núñez (2002), la realidad vista desde el significado objetivo, obedece a una lógica de la representación, mientras que la realidad desde un significado subjetivo es mas a una lógica y posibilidad de interpretación, en tanto se establece conexión con lo personal en lo histórico y lo sociocultural, y es, a la vez, lógica y posibilidad de argumentación, razón por la cual el discurso dotado de sentido suele situar de mejor manera a las personas en un contexto que es esencialmente simbólico con un mayor margen de responsabilidad con la construcción social y cultural que le rodea, y, por tanto, con mayor cercanía a su decisión e intencionalidad frente a la realidad individual y colectiva.

Ahora, el problema de la referencialidad de la realidad, tal como sugiere Núñez (2002), es que la lógica de representación de realidad esta acompañada del significado bajo un criterio de adecuación real en un sentido estricto silogístico y formal, y proposicional a partir de la palabra, visualizando así una pura nominación de significado referencial real; entre tanto, una lógica argumentativa e interpretativa, implica una lógica distinta de aproximación a la realidad por cuanto se orienta a la constitución de sentido abierto e interpretable, lo que claramente sugiere una cercanía al concepto de significación subjetiva propuesto por Schutz (1993). Dicha significación ubica la tendencia de una connotación de sentido tras el significado. Así, el significado en sí mismo refiere una lógica referencial de la realidad en sentido estricto, mientras que retomar la realidad desde el sentido es tener la opción de una lógica discursiva y comunicativa que permite visualizar mundos posibles, la creación, la interpelación, la argumentación, todo lo cual debe ser connatural a la forma de entender procesos y fenómenos sociales como lo son la violencia y la contrucción de paz con poblaciones jóvenes.

Para precisar la lógica de la representación del significado frente a la lógica del sentido, Tzuetan (1991), basado en estructuras de sintaxis y semántica, referidas al lenguaje como estructura de discurso, sugiere que una palabra puede tener varios significados al mismo tiempo desde el principio de homonimia, o bien puede tomarse metalingüísticamente, tal cual los sentidos se encuentran en un diccionario como diferentes clases de palabras, y que primitivamente solo signan la palabra. El sentido va más allá de esta concepción, por cuanto ya no es la significación tipo diccionario, sino que adquiere sentido según el

contexto en el que la frase se encuentre, es decir, en el texto en contexto, "la significación no es sino la base, el punto de partida desde el cual se fabrica el sentido de la frase..., el sentido deriva de la significación por analogía, por conexión o por metonimia" (Tzuetan, 1991, p.110).

En términos discursivos y argumentativos y de la interpretación, es mas importante el sentido que la significación, puesto que permite ir más allá de la reserva exclusiva a la palabra referencial de la realidad, un problema léxico; lo que según Núñez (2002) en el orden del sentido, adquiere un valor de profundidad que logra relacionar la vivencia y el contexto social personal. La significación es mas una búsqueda de evidencia real representada tal cual la realidad aparece. Tzuetan (1991) plantea un aspecto de relevancia en esta diferenciación, y es no tratarse de un asunto léxico y sentido discursivo, sino entre el sentido de una lengua y el sentido vivido, para lo cual especifica que la significación es un problema de lingüística y el sentido es psicológico.

La significación comunicativa de la realidad obedece a una construcción a estricto juicio del intérprete, intentando que se asemeje literalmente a ella; entre tanto para el orden del sentido es capaz de reelaborar el orden referencial del orden dado como real, al sentido abierto y posible, y aquí el lenguaje se convierte en un activador que dimensiona la realidad como símbolo y signo lingüístico que representa un texto con contexto, que ha de leerse a la luz de sus sentidos, pero no olvidando sus referentes primarios o datos de evidencia (significados). También es importante comprender que los significados están presentes en la cotidianidad como experiencias directas o representaciones puntuales.

La realidad en sí misma no aparece como comprensible, usualmente requiere develarse a la par de construir y deconstruir sus sentidos, los mismos que dentro de la movilidad social y la vida de las personas como sujetos singulares, obedecen a una lógica donde el lenguaje objetiva las experiencias compartidas y las hace accesibles a todos aquellos que pertenezcan a una misma comunidad lingüística (Berger y Luckmann, 1986).

Ahora, para Schutz (1993), el problema del significado subjetivo individual y social, se acompaña de la construcción significativa del mundo social que percibe, y así, entre tanto, refiere que en todos los procesos que ocurren en el sujeto que produjo lo que objetivamente es significativo, esta involucrado su contexto motivacional, el mismo no es otra cosa que el objetivo de una acción pasada, lo que permite la posibilidad de acercarse al significado subjetivo con una pretensión de construir su sentido.

Es por esto que dentro de una realidad multidimensional, la multirepresentatividad de las vivencias de los seres humanos, evidencia y pone en juego la riqueza de sentidos construidos y construibles en los diálogos y conversaciones desde el lenguaje como posibilitador de estructuras simbólicas y de sentido que representa la multiplicidad de la condición humana, por la naturaleza multiforme y poco homogénea (Núñez, 2002).

Precisamente la posibilidad de la experiencia humana bajo una estructura multiforme profundamente anclada al lenguaje, según el interaccionismo simbólico, permite explicar cómo las vivencias de los individuos son socialmente construidas desde las mediaciones por medio de símbolos. Al respecto Ritzer (1993) plantea los principios básicos del interaccionismo simbólico relacionados con procesos de organización de la experiencia y sus sentidos a través del pensamiento e interacción, aprendizaje de significados y símbolos, acción e interacción, elección y *self*. Dichos principios son: los símbolos permiten a las personas relacionarse con el mundo material y social, aumentan la capacidad de las personas para percibir su entorno, aumentan la capacidad de pensamiento, ensanchan la posibilidad para resolver los diversos problemas, su uso permite a los actores trascender el tiempo, el espacio e incluso sus propias personas, permiten imaginar la realidad metafísica y, finalmente, dan la posibilidad a las personas de evitar ser esclavas del entorno.

Ello se contrasta con lo planteado por Musitu et al. (1996), quienes plantean con sus supuestos la forma cómo el interaccionismo simbólico orienta la comprensión de la complejidad de la interacción humana y formula que, en general, los seres humanos vivimos en un ambiente simbólico donde la sociedad precede a los individuos, lo cual implica que entre la sociedad y el ser humano existe una interacción fundamental de tipo bidirectivo; aunque la sociedad preexiste al sujeto, la misma coexiste con y para este como un gran conglomerado (*semeión*) de significados y sentidos cotidianos y formales.

La realidad vista como un gran signo lingüístico (*semeión*), acompañada de lo simbólico permite establecer un orden de texto global, esencialmente constituido por un proceso de producción de sentidos dado en la vivencia humana como parte de la interacción simbólica (márgenes de comunicación proactiva). Bajo esta lógica, Verón (1996), plantea que en las teorías del discurso social hay dos aspectos claves: uno, toda producción de sentido es necesariamente social y no es posible hablar de ella sino se reconoce las condiciones sociales en las cuales se producen los sentidos, y, dos, todo proceso social en una de sus dimensiones constitutivas, es un proceso de construcción de sentido, cualquiera que fuere el nivel de análisis, tanto microsociológico como macrosociológico. Afirma finalmente el mismo autor, que es en la

semiosis donde se construye la realidad de lo social, lo que para Berger y Luckmann (1986) significa la construcción social de la realidad, para Schutz (1993) es la construcción significativa del mundo social y para Núñez (2002) la constitución del sentido en el margen intencional de la acción discursiva, argumentativa y crítica de la realidad en vías de su comprensión.

Es precisamente esta última alusión la que orienta la propuesta de la inserción de este apartado anterior en el presente capítulo como un referente que permita al lector ubicar una forma de entender lo que para efectos de las reflexiones construídas respecto a la relación de jóvenes, violencia y paz implica una comprensión crítica del mundo del significado múltiple al que alude tal relación en cuanto a los puntos de encuentro entre actores jóvenes, escenarios sociales, institucionales y grupales y procesos de construcción de paz como la múltiple expresión de fenómenos complejos y multidimensionales.

2.2. Juventud y jóvenes

A finales de los años ochenta y en el transcurso de los noventa en Colombia y en América Latina, la juventud emerge como una categoría de análisis social que exige nuevas miradas e interpretaciones de la sociedad contemporánea. La juventud, esa franja ambigua, confusa, porosa y difícil de aprehender entre el mundo infantil y el mundo adulto, se va convirtiendo poco a poco en un problema social con el cual las sociedades y el Estado deben lidiar. Se desarrollan pues, programas de intervención social, investigaciones académicas y políticas públicas para ocuparse de los jóvenes para tratar de contener ese mundo desbocado que desafía con sus prácticas y posiciones al mundo adulto.

Se destacan los estudios en juventud y jóvenes por parte del Doctorado en Ciencias Sociales, *"Niñez y Juventud"* de la Universidad de Manizales, y trabajos reconocidos por autores como Germán Muñoz, Sonia Muñoz, Rodrigo Parra Sandoval, Rosana Reguillo y Carlos Mario Perea, entre otros, que en compilaciones como *"Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades"* (1998) proponen interpretaciones pioneras en este nuevo campo de estudio, complejizando así las interpretaciones sobre el devenir social.

Las miradas alrededor de estos conceptos se revisan en términos generales desde diferentes dimensiones, tales como las biopsicológicas y psicosociales. Desde lo biopsicosocial, normalmente remite a un rango de edad, visto desde consideraciones homogéneas y generalizables a esta etapa. Los aspectos biopsicosociales han sido objeto de estudio de la psicología evolutiva (Papalia y Olds, 2014), área que soporta el establecimiento de pautas de comportamiento con base en el desarrollo de rasgos físicos, incorporando, también, aspectos

de tipo cognitivo, emocional y de personalidad (Aguirre, 1996; Bordignon, 2012; Gómez y Narváez, 2019; Gómez y Durán, 2020).

Para el caso del contenido de este capítulo se abordarán de forma sucinta algunas concepciones y diferencias que denotan lo que es juventud y ser joven, lo cual es retomado de forma similar por diferentes posturas, sobre todo en el marco de la investigación social, y, aunque un concepto se relaciona con otro, no son lo mismo.

Al retomar la definición que da la Real Academia Española (RAE), el concepto juventud se entiende como un término que deriva del vocablo latino *iuventus*, el cual identifica una etapa que se da entre la infancia y la adultez. Por otro lado, la definición que ha establecido la Organización de las Naciones Unidas (ONU), no se aleja de esta, pues la ha determinado como un rango de edad específico que inicia a los 15 y va hasta los 25 años.

Con respecto al concepto de joven, la definición que nos da la RAE se relaciona, no solamente con una etapa o rango de edad, sino también con una persona que cumple ciertas características y entre estas, que tiene poca edad, y también puede verse como un adjetivo que denota cualidad. Al respecto, Margulis (2008) plantea que:

[...] en alguna literatura sociológica reciente, se trata de superar la consideración de "juventud" como mera categorización por edad. En consecuencia, se incorpora en los análisis la diferenciación social y, hasta cierto punto en la cultura. Entonces se dice que la juventud depende de una moratoria, un espacio de posibilidades abierto a ciertos sectores sociales y limitado a determinados períodos históricos (p. 1).

Para Margulis (2008), el concepto de juventud es una palabra cargada de evocaciones y significados conducentes a laberintos de sentido, en los que es necesario considerar la heterogeneidad social y las diversas modalidades, y en tal sentido, la juventud es una abstracción. En esta abstracción se trata de formalizar las prácticas y diferencias de lo juvenil (Núñez, 2002; Núñez y Zambrano, 2002), por medio de categorías teóricas que la logren definir, pero, bajo tal condición, no se trata, según Margulis, de una mera condición de edad, pues de hecho cada época y cada sector social propone formas de ser joven, y existen muchos modos de experimentar la juventud, lo cual se debe a las variadas oportunidades de presentar y representar la persona en las múltiples formas que emergen en la multisemiosis del mundo y contexto social.

Por ejemplo, en nuestra cultura, cuando se habla de juventud, inmediatamente hay remisión a un rango de edad, que normalmente se le ubica entre los 15 y los 24 años. La etapa juvenil es considerada como el periodo que

va desde la adolescencia hasta la independencia de la familia, la formación de un nuevo hogar, la autonomía económica, entre otros aspectos que dan cuenta de esta etapa. Entre tanto, cuando se habla de juventud, se puede hacer también referencia a lo generacional, lo que implica pensar en cierta condición uniforme, como si los jóvenes fueran generacionalmente iguales por su edad de nacimiento. Tal cosa se evidencia en el uso los conceptos que orientan a momentos históricos, circunstancias sociales o políticas a partir de las cuales el Estado ha ubicado programas y tendencias de estrategias específicas para abordar la salud, el empleo, la participación política, e incluso políticas y programas, tal como ocurre con los procesos de atención legal a adolescentes y jóvenes.

Como lo plantea Feixa (2003), cuando establece una serie de etapas que dan formalidad a momentos episódicos vividos por grupos de jóvenes impactados por las condiciones sociopolíticas de cada momento, es clara la exposición de épocas que marcan el papel de éstos, reconociendo un momento, unas condiciones sociopolíticas, y en algunos casos, siendo exaltados en otros cuestionados o ignorados, y en otros usados para nominar una esperanza futura que olvida que esta es potencialmente posible si se respetara su presente con oportunidades sociales y culturales reales. Significados de ser joven y de la juventud que nominan en muchos casos comodines de tipo político para referir oportunidades inconclusas de desarrollo en sus múltiples dimensiones: personales, políticas, sociales, de formación, empleo, salud integral, ocio, cultura, medio ambiente sano, entre otras.

Bajo esta misma perspectiva de significados, sin descuidar los contextos, Balardini (2000) expresa la dificultad que hay al referirse al concepto de juventud, de aquí el ubicar que "jóvenes siempre hubo, pero juventud no" (p. 11), toda vez que la idea de juventud ha estado ligada a los roles históricos de los diferentes grupos sociales y etarios. Reafirmando lo anterior, ya Balardini (1999), había expresado que "la juventud (no los jóvenes) es un producto histórico resultado de relaciones sociales, relaciones de poder, relaciones de producción que generan este nuevo actor social... ¿Pero es que acaso antes no había jóvenes?" (p. 12). De acuerdo con el autor, la juventud, es un producto de la sociedad burguesa y capitalista, donde sí, efectivamente, se podría decir jóvenes que siempre hubo mientras que juventud no. Así, la juventud como fenómeno social para occidente es un producto histórico proveniente de las revoluciones burguesas y del nacimiento y desarrollo del capitalismo.

Es claro que el concepto de juventud como se conoce actualmente es una "invención" de la posguerra, en donde en un nuevo orden internacional los vencedores accedían a inéditos estándares de vida imponiendo estilos y

valores. Es así como niños y jóvenes, son reconocidos por la sociedad como sujetos de derecho y los jóvenes especialmente como sujetos de consumo. En el periodo de la posguerra, las sociedades del Primer Mundo alcanzaban una insospechada esperanza de vida, lo que tuvo repercusiones directas en la llamada vida socialmente productiva. El envejecimiento tardío, operado por las conquistas científicas y tecnológicas, reorganizó los procesos de inserción de los segmentos más jóvenes de la sociedad (Reguillo, 2007).

La mayoría de las investigaciones que se hacen sobre el tema de jóvenes, inmediatamente hacen descripciones sobre esta población, pero siempre teniendo en cuenta su rango de edad, comportamiento, situación social, roles y género. Este aspecto ha hecho necesario ver el tema desde un punto de vista más avanzado, como lo ha sido el de las nuevas sociabilidades en identidades juveniles ya propuesto por Reguillo (2000).

En la perspectiva de Maffesoli (1997, 2001), se habla de sociabilidades y socialidades juveniles. Las primeras son entendidas como “funciones sociales instituidas” que se expresan en lugares de encuentro e intercambio como espacios deportivos, bares, la calle, la esquina, los parques, los gimnasios, las discotecas, pero también en los distintos ejércitos y grupos armados donde tienen acceso los jóvenes. En estos espacios es donde se producen y reproducen ciertos modelos de ser joven. Las socialidades se ubican como las manifestaciones de transformación de ese orden social instituido, es decir, rechazo de lo tradicional, de lo impuesto y del deber-ser que trae rupturas, transiciones e inquietudes. Podría decirse al respecto, que la socialidad es la posibilidad de reconstruir paradigmas de ser hombres y mujeres que fragmentan o resignifican los estereotipos tradicionales (Maffesoli, 1997, 2001).

Diversas son las formas de socialización juvenil teniendo en cuenta la incorporación de normas sociales, la participación en rituales de paso, la configuración de relaciones de pares y la entrada al mundo adulto e institucional. Teniendo en cuenta que estos procesos cambian según diversos entornos, sean étnicos, culturales, educativos, geográficos y de clase social (Moreno y Gonzáles, 2011) y de género (Welzer-Lang, 2008; Gómez, 2014).

Según Welzer-Lang (2008), el proceso de constitución de la identidad masculina es más difícil para los hombres que para las mujeres el proceso de formación de identidad femenina, precisamente, por las demandas sociales que se les imponen a los niños desde la infancia. Los niños tienen que demostrar muy temprano que no son niñas y que no tienen comportamientos de niñas. Los niños tienen que alcanzar la hombría, entendida en primera instancia, sólo como virilidad. Se trata de una demanda hecha a través de juegos en la

infancia que se refuerzan en la adolescencia, la juventud y la vida adulta a través de diferentes espacios de interacción y roles. En los juegos de contacto son comunes los insultos feminizantes que actúan como desafíos para exigir un buen rendimiento (Welzer-Lang, 2008). De esta manera, se explica en la constitución de condiciones culturales ciertas tendencias de rituales de paso en lo que se reflejan los transcurso de la niñez a la adolescencia, la juventud y adultez, que además siempre connotan un lugar de género que las define, en términos de las expectativas sociales precedentes. El hecho es que en los campos disciplinares tales problemas tienen abordajes unidisciplinarios que no necesariamente integran, articulan o comprenden globalmente el problema. Bajo otra perspectiva relacionada, Dávila (2004) plantea que:

[...] disciplinariamente se le ha atribuido y endosado la responsabilidad analítica de la adolescencia a la psicología, en la perspectiva de un análisis y delimitación, partiendo del sujeto particular, y sus procesos y transformaciones como sujeto; dejando a otras disciplinas de las ciencias sociales —y también de las humanidades— la categoría de juventud, en especial a la sociología, antropología cultural y social, historia, educación, estudios culturales, comunicación, entre otros. (p.87).

A partir de sujetos particulares, el interés se centra en las relaciones sociales posibles de establecerse en éstos y las formaciones sociales, en el trazar vínculos o rupturas entre ellos, que pueden estar asociados a roles de hombres y mujeres en ciclos vitales y particulares.

A pesar de ello, los estudios que se han realizado en la mayoría de los países de América Latina, acogiendo las situaciones coyunturales, no dejan que se pueda generalizar el concepto de juventud como algo definido por la edad o por lo generacional (Balardini, 2000). Al respecto, Ghiardo (2004, p. 25) retoma la postura de Bourdieu, para quien compartir una edad cronológica es fundamental, pero no es lo que determina la producción de un *habitus* más o menos común a un conjunto de sujetos. Este proceso depende más de otros factores que están en función de la posición que se ocupa en el espacio y el tiempo social (Alvarado, Botero y Ospina, 2012). En este sentido, hablar de una generación significa hablar de los modos en que se “producen” los sujetos, que no son ni pueden ser los mismos para toda la sociedad.

Al hacer una revisión etimológica podemos ver que el devenir del concepto de juventud ha sido cambiante, la palabra según el diccionario etimológico proviene del verbo latino *adolescere*: *Creecer, desarrollarse, derivado del participio presente que es activo*; por lo tanto, es el que esta creciendo. Pero este no era el mismo significado para los romanos, ellos se referían a un joven o mozo que tenía 25 años o más que pasaba a ser llamado *Iuvenis* y

podía tener hasta 40 años, de aquí se estima que del latín *adulescentia* se debe traducir por juventud.

Retomando los textos de derecho romano, en el caso de los censores romanos, dividían las edades de los hombres de otra manera. Cuando se habla del sujeto de derecho se establecían diferencias entre los púberes e impúberes; en el caso de los púberes, se estableció la categoría de los *pubertati proximi*, a ellos se les podía establecer sanciones por delitos, y se les daba libertad para obrar, pero también había leyes que sancionaban a aquellos que engañaran a los menores de 25 años, por lo tanto, este menor debía ser asistido; de esta manera se crea una nueva categoría que eran los menores de 25 años.

Bien se puede establecer como la influencia histórica, social y cultural son determinantes de los significados para los conceptos de juventud, adolescente y joven, donde dichos términos han constituido social y culturalmente un periodo de vida marcado por la liminalidad (lugar de tránsito de una etapa otra) (González, 2017). La juventud y la vejez no están dadas, sino que, tal como sugirió Bourdieu (2000), se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos.

En retrospectiva desde Ariès, historiador francés (1914 -1984) dedicado a la historia demográfica y al estudio de las mentalidades sociales, la negación que se le hacía a estos grupos y no solo en la etapa de la juventud, sino también desde la infancia, fueron aspectos importantes para la época y de difícil manejo por la falta de manuscritos. Él llegó a interesarse directamente en el tema y planteó que en el arte se daban algunas incongruencias cuando se hablaba de los niños o jóvenes; esto se refleja en especial en cuadros donde los artistas dibujaban figuras con rostros de adultos y cuerpos de tallas pequeñas (Ariès, 1987).

Por otro lado, vemos que Souto (1987) plantea que, en la Edad Media, para obtener un título universitario, se requería pasar por un bachillerato al cual podía ingresar solo a los 14 años y para estudiar en cualquier facultad, tener 21 años. Bajo esta mirada al joven se le solicitaba una madurez para poder ingresar a estos niveles que lo ponían en contacto con el mundo de la ciudadanía y al cual se le comenzaba a exigir un comportamiento que involucraba un mayor reconocimiento y responsabilidad social.

La juventud, igualmente, es un concepto desde el cual se expresa una cierta nostalgia del pasado. Comenio (siglo XVII-1998, p. 18), quien se interesó en la transmisión de conocimientos a niños y jóvenes, expresa en su gran obra *Didáctica Magna* lo siguiente con respecto a la vivencia de su juventud:

Aunque, ¿qué necesidad tenemos de buscar testigos? Lo somos todos los que hemos salido de las escuelas y academias con un ligero barniz literario. Entre muchos miles yo mismo soy uno, mísero hombrecillo, cuya riente primavera de la vida, los florecientes años de la juventud pasados en las vaciedades escolásticas fueron desdichadamente perdidos. ¡Ah, cuántas veces, después que me ha sido dado comprender mejor, me ha llenado el pecho de suspiros, los ojos de lágrimas y el corazón de pena el recuerdo de la edad perdida! ¡Ah, cuántas veces el sentimiento me obligó a exclamar ioh, sí Júpiter me devolviera los años pasados! (Comenio, 1998, p. 18)

Ahora, estudios como el de Taguenca (2009), muestran claramente que existen una serie de obstáculos que no permiten darle tanta importancia a los límites del rango de edad para determinar esta etapa, ya que situaciones como el origen, el nivel cultural, el género, las condiciones sexuales, económicas y sociales han influido en estas transformaciones de la concepción referida a lo joven y/o la juventud.

Retomando la mirada social que se le ha dado a la juventud, se encuentra que esta no es un don que se pierde con el tiempo sino una condición social con cualidades específicas que se manifiestan de diferente manera según las características históricas, sociales y culturales de cada individuo (Brito, 1998, p. 3). La imagen de la juventud ha ido variando con el tiempo y ha pasado de ser considerada la esperanza del futuro, por privilegiar su proceso de formación a fuerza de consumo y por su gran disponibilidad de tiempo libre producto del desempleo. Del mismo modo, pasa a ser considerada como objeto del producto de la crisis y de la emergencia de sectores juveniles marginados, al asociar su comportamiento con la delincuencia, tal como ocurre en muchos estigmas aun presentes en Medellín y Cali, por asuntos históricos y sociales relacionados con la violencia, el narcotráfico e incluso la mercantilización de la imagen, la corporalidad y el sexo.

Otra postura retomada de Brito (1998), define cómo la juventud no tiene la misma dirección en el campo que en la ciudad, en las clases altas y en los sectores marginados, en las sociedades modernas que, en las tradicionales, incluso en ambos géneros. Estos aspectos de cierta manera arrojan datos determinantes, pero encasillantes, pues la búsqueda de clasificaciones ha impedido conocer exactamente la virtud de estas diferencias que pueden pluralizar el concepto.

Bajo tal condición, Margulis (2001) precisa la oportunidad de no hacer referencia a *la juventud*, sino a *las juventudes*, a las que define como condiciones históricamente construidas y determinadas por diferentes variables

sociales y biológicas que las atraviesan. El concepto de juventud constituye una abstracción que va más allá de la palabra y de la acción a una referencia de un proceso sin tiempo definido, lo que es retomado en alguna medida por Margulis y Urresti (2008). Los estudios presentados por Souto (2007), presentan también la mirada de la juventud como algo tardío desde autores clásicos como Rousseau, donde inicia la definición moderna de adolescencia y juventud con su libro el "*Emilio*" (1762). Aquí no se determina ninguna diferencia entre ambos conceptos, pero si con claridad, resalta la relevancia al espíritu libre de los jóvenes.

Souto, también retoma al Psicólogo Stanley Hall quien desde su texto: *Adolescencia* (1904) partía de las características físicas y psicológicas, que asociaba la adolescencia comprendida como un grupo etario, entre los 14 y 24 años aproximadamente. Esta etapa del ciclo de vida la relacionaba el autor como un periodo de tensión y desorden emocional, de confusión interna e incertidumbre.

En la actualidad existen algunos reconocimientos de los jóvenes que se hacen a través de pseudo-conceptos, a veces caricaturescos, como por ejemplo los de generación X, generación Y, generación Z o denominados por otros como generación milenio y postmilenio. Dependiendo de la época, estos jóvenes en términos general se han descrito, si se lee detenidamente, como una juventud que sufre de la falta de equidad e igualdad, y más fuerte aún, sufre de desconfianza por parte de la sociedad, una sociedad que no les reconoce la inteligencia para resolver problemas, aspecto que parece ser más digno de los mayores.

Bajo tales apreciaciones, bien vale la pena referir brevemente a continuación algunos elementos conceptuales que asocian a los jóvenes con lo juvenil y la juvenilización. El mundo de lo juvenil se representa de múltiples maneras con diversos emblemas que ponen en evidencia la sociedad con diversos grados de variación según tipos y formas, constituye un orden frágil y siempre amenazado en la versatilidad de lo juvenil (Núñez, 2002). La sociedad para los jóvenes constituye el producto de las interacciones del orden y desorden, del determinismo y lo aleatorio, tal y como lo ha mostrado Parra (1995).

Romper por parte de los jóvenes con los ordenes imperantes es cada vez mas frecuente y legitimado en las industrias culturales. Los rangos etarios y la autoridad, las creencias religiosas, los tipos perfectos de familia, las costumbres sanas y saludables constituyen para la visión juvenil una tradición bastante normativa y obligatoria que no permite acercarse a la vivencia de la intensidad y la experimentación como formas de lograr la plenitud de la vida. (Núñez, 2004). Al respecto, Martín-Barbero (2000), plantea que:

Lo juvenil, hoy día, es sinónimo simultáneo de lo positivo y lo negativo. De un lado, los medios masivos que todo lo pueden han integrado los procesos contestatarios al circuito y convertido la moda en objeto de consumo. Hoy se vende la libertad y la irreverencia en marcas y estilos [...] el culto al cuerpo y el permanecer joven se ha convertido en un ideal contemporáneo [...] Lo contradictorio es una cultura que se engolosina con lo juvenil y es, al mismo tiempo, incapaz de comprender las búsquedas mas intensas de hombres y mujeres. (p. 14)

Lo anterior se visualiza en la incapacidad de las condiciones sociales, políticas e incluso intelectuales para comprender las razones y búsquedas del mundo juvenil contemporáneo en todas las expresiones posibles, tales como lo es la misma educación y la presencia de fenómenos violentos. Al respecto, Barrios (2013) sugiere que la causa más popular del problema de la violencia juvenil son los medios de comunicación, al sugerir que pocos imaginan que la violencia mediática juega un papel importante al asumir roles y realizar actos agresivos (Bok, 2011). Hay muchos factores que están en juego, aunque no todos están presentes. En cualquier caso influyen en cuanto a la salud mental, el acceso a las drogas, la ansiedad social, la negligencia de los padres o el abuso, el acceso a las armas, entre otras (Moreto et al., 2014; Gómez, 2019a).

La violencia mediática, glamurizada, contribuye poderosamente a difuminar la línea entre la fantasía y la realidad. La inmadurez, la ira, el feroz disfrute de violencia en los medios, los video juegos, y el acceso a las armas mortales es una mezcla de combustible explosiva en manos inexpertas. Aunque la idea de Bok es que no hay una sola causa, sino que existen otras, y son muchos los factores que influyen en la violencia juvenil, se hace hincapié en la cuestión de la violencia presentada o representada en los medios (Martín-Barbero, 2004).

Tras lo expuesto previamente, en el ámbito de lo juvenil, se esconde, posiblemente, una búsqueda de identidad que, en realidad constituye un momento pasajero y fugaz. Martín-Barbero (2000) plantea que el joven no existe, no tiene identidad definida porque es solo un lugar de paso a expensas de la venta de una nueva moda. También afirma, que el único que sabe percibir los esbozos de la identidad juvenil y que esta sabiendo rentabilizarla, es el mercado y la publicidad, que incluso tiene relación directa entre estilos juveniles y salud como campos polisémicos en los cuales el consumo es mediador permanente, ya sea en el ámbito de la consideración de aspectos emotivos, conocimientos o prácticas de salud (Restrepo y Espinel, 1996), que están integrados dentro de lo que se conoce como sistema de actitudes y que es básicamente a lo que apunta el mundo de la venta y compra de imágenes, como un campo que propicia el consumo, regenerando hábitos,

estilos de vida, formas de comunicación, y nuevas apropiaciones simbólicas de la salud y la enfermedad, de la violencia en los jóvenes como reflejo de universos de sentido que se jerarquizan por patrones de mercado y consumo.

Como se ha anunciado previamente, los medios de comunicación y las redes sociales, son quizá la modalidad que más influencia tiene sobre los jóvenes, ya que éstos se sienten atraídos por la persuasión que tienen sus mensajes, que apelan a los sentimientos del joven, enaltecendo su condición a través de imágenes de jóvenes belleza, simpatía, alegría y vitalidad. Los lenguajes y respectivas mediaciones de significados que se establecen desde los medios de comunicación obligan a una forma novedosa y atractiva de crear imágenes de la realidad, que por el hecho de ser novedosas tiene una profunda implicación para la movilización de los jóvenes hacia intereses comunes en el grupo de pares. Los medios crean ilusiones de que al consumir determinados productos se va a formar parte de un núcleo encantador y selecto que muestran como atrayente y accesible. Para Margulis y Urresti (1998), las imágenes se constituyen en ícono de identificación para los jóvenes en el constante tránsito de modificación de sus imaginarios respecto a su consumo, el placer de hacerlo y las prácticas de reconocimiento social, hoy parte de la cotidianidad en las redes sociales.

Los jóvenes establecen modificaciones constantes a los significados sociales y las involucran dentro de su interacción en los contextos, que para ellos les son naturales porque hacen parte de su cotidianidad (Núñez, 2002). González (1997) plantea que los significados surgen en el contexto de las diferentes acciones sociales e incorporan aquellos percibidos por los demás, e igualmente dice que “los significados son manipulados y modificados a través del proceso de interpretación utilizado por la persona al relacionarse con las cosas que encuentra en el mundo que le rodea” (p. 49).

En los mundos mediáticos, los jóvenes son los protagonistas de un nuevo escenario de orden global en el que las culturas y subculturas del mundo aparecen y desaparecen rápidamente, dejando huellas en un imaginario cultural y social que se consume de forma constante (Núñez, 2002). La socialización de los jóvenes se reorganiza desde uno de sus frentes como lo son los medios de comunicación, pues constituyen un nuevo escenario en el que su imaginario cultural y social se reacomoda de acuerdo con los cambios de la época y los convierte en protagonistas de procesos de socialización globales (Perez y Mejía, 1997). En el mismo sentido, Margulis y Urresti (1998), plantean la juvenilización como una forma extensiva de consumo de los signos juveniles, en los cuales los consumos atraviesan los órdenes de la globalización y la individuación, como un complejo entramado que se articula

a los signos que atraviesan el contexto cultural de la actualidad en el arte, el deporte y las prácticas artísticas.

En relación con la tendencia globalizante que establecen los medios de comunicación, la música como medio de socialización por excelencia en los jóvenes se ha transformado en algo más que música, es energía pura, que induce a que se legitimen en nuestro medio subculturas juveniles como el *Hip Hop* con sus representaciones como el *rap*, el *rock*, el metal *black* entre otros, y lo que sucede igualmente con el reguetón (Muñoz y Alvarado, 2011). La música es parte de la identidad juvenil, reflejada en su vestimenta y en su lenguaje, sus estilos de intercambio llenos de simbologías, a los que se integran diversos mensajes de protesta social y política, pero también de prácticas postergadoras y un tanto desresponsabilizadas (Núñez et al., 2002).

De acuerdo con Reguillo (2000), la música para la vivencia juvenil representa más que una tonada de fondo, se trata de un tejido complejo que vincula sus percepciones políticas, amorosas, sexuales y sociales, ella connota en gran medida su lugar social como sujeto productor, actor y autor de la cultura juvenil. Ello es consonante con Perea (2000) para quien la música como lenguaje y escucha, "entrelaza al individuo como una totalidad mientras le habla de la vida. El ser se siente allí expresado, revelado en lo más íntimo de su interioridad; la música simboliza lo más propio y particular de los pueblos" (p. 98).

La música como mediador permanente dentro de las vivencias de los jóvenes, establece toda una representación de nuevos alfabetos de identidad en los que se dimensiona la diferencia de su pensamiento y de sus formas de ver la vida representados en sus estilos de vida. Los jóvenes a través de la manifestación artística musical incorporan formas de focalizar la necesidad de expresar la intensidad de lo juvenil, la energía movilizadora y transformadora que busca establecer nuevos ordenes en la cultura (Núñez, 2002).

Para Cubides et al., (1998), la música constituye una simbología de poder y protesta, es casi una forma de guerra con lenguajes al orden imperante de la normalidad y el funcionamiento cultural, que pretende ser roto desde las lecturas juveniles, lo que lleva a que la representación de nuevas sensibilidades en la cultura se trascienda al orden de conflicto desde la lectura adulta, donde se constituye una mediación entre la lógica tradicional de cuidado y buenos pasos relacionados con hábitos saludables, lógica que pretende resquebrajar lo juvenil al subvertir todo orden con límites difusos (Núñez, 2004), y que no necesariamente constituyen prácticas de bienestar y salud reconocidas como válidas, especialmente en su cuidado y visualización simbólica de lo que es y no es saludable (Arboleda, 2001; Roisin, 1999).

En el encuentro entre los márgenes adultos y juveniles y la radicalización de la diferencia, en la relación entre el conflicto y la aparición de la diferencia, la controversia del lenguaje se da en la medida en que la sociedad va transformando la diferencia en conflicto. El conflicto entre lo juvenil y lo adulto, se trata de un límite difuso que el adulto ubica frente a la restricción del placer desbordado del joven, quien no reconoce claramente la postura adulta como un modelo a imitar sino de quien huir. Al respecto, Perea (2000) sugiere que la familia es raíz, dato profundo que va mas adentro y por ende seguridad ontológica, pero la calle es dislocación y autonomía, fuga y libertad; ello por supuesto singulariza la divergencia entre adultos y jóvenes, asunto reflejado en la salud, las prácticas violentas, la vivencia del riesgo; en si en la naturalización de las prácticas juveniles abiertas y dispuestas; los jóvenes son nativos del presente.

El distanciamiento con lo adulto gira en torno a una sensibilidad esencialmente distinta. En ello tiene lugar la modalidad de lo joven expreso en la juventud como signo, donde lo juvenil tiene lugar de expresión abierta y sin limitante de temporalidad en un permanente proceso de reciclaje, anclaje y fetichización del cuerpo a la fortaleza y la belleza sin importar costo, en una relación permanente al culto de consumo de lo moderno y novedoso como el llamado a la experimentación permanente y a la alta intensidad, donde bienestar y salud tienen un límite difuso que se rompe con la consideración de vivir el presente (Núñez, 2002).

Para Margulis y Urresti (1998) la temporalidad de lo juvenil como auge de vitalidad plena, establece un signo juvenil, que se confunde frecuentemente con la juventud, que como concepto construido socialmente refiere a cierta clase de otros, aquellos que viven cerca nuestro y con los que interactuamos cotidianamente, pero de los que nos separan barreras cognitivas y abismos culturales vinculados con los modos de percibir y apreciar el mundo que nos rodea.

Una última consideración respecto a juventud, se refiere a que en general las razones teóricas son construidas por adultos, y lo que se percibe en el marco social es que existen condiciones de jóvenes-juveniles y adultos juvenizados como actores y autores de cultura, que se enmarcan en la mutación cultural permanente del mundo actual del consumo, no solo de marcas, sino de tendencias, donde la juventud simboliza salud, belleza y reconocimiento, y el consumo adquiere conotaciones tan variables como los productos del mercado, los cuales también se enmarcan en los grandes problemas sociales.

Las voces de los jóvenes y con sus vivencias en ellas representadas (Núñez, 2004), tal como ocurre con los procesos de violencias y resistencia a las mismas, son un marco referencial que aun sigue siendo vigente y un reto para las

humanidades y las ciencias sociales en procura de lograr referir a qué tipo de jóvenes y juventud o juventudes se están refiriendo, sobre todo considerando la emergencia de versiones abiertas de nuevas ciudadanías asociadas a las transiciones Latinoamericanas (Niño et al., 2017) que naturalmente vinculan el concepto de jóvenes y juventud.

2.3. Concepto de violencia

Para Arendt (1969), la violencia se caracteriza por su carácter instrumental que multiplica un "vigor o una potencia natural", y ella aparece cuando el poder se extingue o esta amenazado. Sin embargo, Arendt también enfatiza que, en la vida social, el poder y la violencia no son compartimientos herméticos, pues suelen aparecer entrelazados.

En su perspectiva, quien tiene poder no necesita de violencia, sólo la usa quien lo ha perdido, dado que "el poder corresponde a la habilidad humana no sólo de actuar, sino de actuar al unísono, de común acuerdo. El poder jamás es propiedad de un individuo, sino de un grupo, y existe en cuanto el grupo se mantenga unido" (p. 24). Bajo esta perspectiva, la violencia puede entenderse como la impotencia para manejar una situación por otros medios, por eso la violencia potencializa el vigor, que es natural, a través de medios socialmente contruidos. La violencia aparece como la acción desesperada de un grupo de personas por recuperar a través de la fuerza el poder perdido (Arendt, 1969).

Para Galtung (1998, 2003a) la violencia es el conjunto de afrontas evitables a las necesidades humanas básicas, y más globalmente contra la vida, que rebajan el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo potencialmente posible. "Las amenazas de violencia son también violencia." (p. 62). Según este autor la violencia puede ser estructural, directa o cultural. La violencia estructural es el conjunto de condiciones macro que marginan y excluyen a la mayoría de una población, es el compendio de cimientos donde se edifica una cultura. Ejemplos de esta violencia son la existencia de un modelo económico inequitativo que niega las condiciones de vida digna para la mayoría de la población y el patriarcado que promueve costumbres en una sociedad y establece patrones morales de comportamiento sobre los cuales se funda, negando la posibilidad de que las mujeres y los hombres sean sujetos plenos de derechos iguales. La violencia directa es el conjunto de acciones o la acción concreta destinada a agredir al otro, es la más fácil de reconocer; se mide en número de homicidios y lesiones personales, se muestra claramente en los medios de comunicación masiva y se experimenta a diario de forma más explícita. La violencia cultural se inscribe en el ámbito simbólico de

nuestra existencia que se ve materializado en la religión e ideología, lengua y arte, entre otras, que pueden utilizarse para justificar o legitimar la violencia directa o estructural (Galtung, 1995; 2003b).

Para abordar la violencia cultural, Bourdieu (2000) propone el concepto de “paradoja de la doxa”, que consiste en identificar cómo un orden social establecido injustamente, paradójicamente se sostiene y se alimenta en la vida social. Dice Bourdieu (2000) que el mejor ejemplo de la *paradoja de la doxa* es la dominación masculina, la cual se desprende o ha sido posible por la violencia simbólica, entendida como una “violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y el conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (Bourdieu, 2000, p.12). Esta violencia funciona porque es aceptada tanto por el dominador como por el dominado. Los mitos, las creencias, las costumbres y los rituales tienen el riesgo de hacer creer que los comportamientos siempre han sido así, que son naturales y no construcciones sociales. Si la violencia tiene una base simbólica, es más difícil reconocerla y transformarla (Castro, 2005).

Para Moore (2000), la violencia es marcada por la relación jerárquica que existe entre los géneros, según formas específicas de cada cultura, de forma que cuando lo masculino agrede se corresponde con un modelo machista de ser hombre y cuando lo femenino es agredido se corresponde con un modelo de sumisión de la mujer; características masculinas y femeninas que algunas veces sólo surgen en momentos límites de agresión, pero que están latentes en la construcción de los géneros (Moore, 1994). Esta autora considera que en la cultura occidental la sexualidad masculina ha sido asociada con el género masculino como lo activo, lo agresivo, lo impulsivo y poderoso; siendo la sexualidad femenina y las personas consideradas de género femenino como esencialmente pasivas, sumisas y receptivas (Moore, 2000).

Sobre la relación de la violencia y los jóvenes, Nolasco (2001), sostiene que esta se ha banalizado y ha perdido irreversiblemente su asociación original con lo sagrado, entendido como la participación de los hombres en la guerra para defender el honor de la patria y el bien colectivo. Este fenómeno de trivialización se manifiesta en diferentes países occidentales, en los que los hombres actúan violentamente mucho más en espacios íntimos que en espacios públicos. Esta sería una característica de las acciones violentas de los hombres en las sociedades modernas: la pérdida de lo sagrado, la pérdida de la lucha por el bien colectivo.

Se considera pues que, frente a la guerra y el peligro de la aniquilación, nos queda el fortalecimiento de la cultura, y con ello, la reorientación de las pulsiones para ponerlas al servicio de la vida. Para Freud (1981a, 1981b), el asunto de la guerra permite observar de qué manera los individuos se representan y abordan la realidad o la probabilidad de la aniquilación total y qué emerge en ellos ante ella. Lo individual y lo colectivo, lo biológico y lo cultural, permiten incursionar en preguntas sobre la continuidad humana que parecen resultar inseparables del tema de la libertad y de la ética, como posibilidad o condición para devenir con otros. Frente a la guerra y la violencia, para ambos autores pareciera existir una salida esperanzadora: para Freud (1930) consistiría en un sujeto más civilizado, “más pacifista”, y para Arendt, un mundo donde el agente político logra ser un *quién*, es decir, un *ser* donde el *hacer* y el *querer* no están disociados (Arendt, 1969).

En Colombia se han hecho esfuerzos significativos por analizar las distintas violencias que han configurado la historia nacional. Desde grupos de investigación independientes, hasta prestigiosas universidades, pasando por organismos gubernamentales y no gubernamentales, la violencia y la paz, han sido preocupaciones centrales de académicos, gobiernos y activistas sociales. No obstante, la comprensión de la violencia en una perspectiva compleja y densa todavía sigue siendo un gran desafío para el mundo académico y de la intervención social. Así mismo, construir una propuesta de paz duradera, incluyente y con justicia social, es una demanda sentida del grueso de la población colombiana, que cifra sus esperanzas en los nuevos acuerdos logrados entre la Presidencia de la República y la guerrilla de las FARC y los venideros con los restantes grupos guerrilleros, si es que ello fuera posible en periodos cortos de gobierno, en los que en los últimos años reflejan más polarización política partidista que intenciones de construcción de paz.

En este contexto, se considera pertinente contribuir en la resolución de problemas específicos, y se vincule también, a través de la investigación social aplicada, la opción de aportar en la comprensión del fenómeno de la violencia y, especialmente, en la construcción de opciones viables de paz que impliquen el concepto de generación de resistencia a la prácticas y tipologías de violencia en los jóvenes con acciones de paz, lo cual constituye una forma de enfrentamiento directo a las formas de marginalización urbana en los ciclos de desigualdad y migración (Valencia, 2017; Gómez y Narváez, 2018; Gómez, 2019b, 2019c).

Así, se considera pertinente identificar cómo las distintas violencias que vive y ha vivido Colombia en su proceso de consolidación como nación,

teniendo en cuenta el conflicto político armado, la violencia social, el problema de la tierra, el tráfico ilegal de armas y drogas, entre otros aspectos que hacen parte de la violencia en Colombia, ha incidido en la construcción de identidades juveniles de algunos sectores poblacionales jóvenes de Medellín y Cali, muy cercanas a este fenómeno.

Se ha reflexionado que en las últimas tres décadas, contrario a lo que pasaba en décadas anteriores, que no sólo los jóvenes de las llamadas pandillas juveniles de los sectores más pobres de las ciudades, sino de clases medias y altas, se han venido involucrando en distintas formas de violencia material y simbólica, lo cual, sin duda, impone la necesidad de continuar estudiando y generando reflexiones en torno a nuevas comprensiones que vinculen la sociedad estatal con la civil, a la par de la presencia de los actores jóvenes.

En otras palabras, se considera importante y pertinente identificar cómo la guerra y las distintas violencias en Colombia han incidido en la comprensión de la condición juvenil, teniendo en cuenta que se ha edificado y se alimenta permanentemente de un estereotipo a este tipo de actores, asociada a problemas de diversa índole, y que emerge como categoría social muy reciente según la literatura revisada. La comprensión del mundo juvenil es un reto para el mundo adulto, para el sistema educativo, para el mundo institucional, y los gobiernos locales y para el Estado y la sociedad en general, donde ha mostrado que se ha tratado más de contener, proponer, dirigir y/o castigar ese mundo juvenil desafiante, antes que reconocerlo como un lugar de propuestas y de acciones proactivas y legitimantes.

Consideraciones finales

El fenómeno de las violencias, y su relación con las condiciones del lenguaje a partir de las cuales se estructuran las lógicas discursivas y de comunicación que configuran los diferentes significados y sentidos de la realidad, constituyen un reto especial, no sólo para las humanidades y las ciencias sociales, sino también para los interventores psicosociales de diversas disciplinas y campos de conocimiento, como para quienes tienen la responsabilidad de decidir las tendencias de desarrollo de las personas en los países.

La sociedad crea sueños hasta donde el lenguaje alcance, pero las acciones no siempre son coincidentes con los discursos formulados y su capacidad de hacerse reales. Bajo esta premisa, la primera parte de este capítulo, relacionado con la experiencia humana y la representación de estructuras simbólicas invita a deconstruir la forma y lógicas de acción tejidas, ubicando a los jóvenes y los fenómenos asociados, tal como las violencias, como pretexto

de acciones sin sentido. Claro, cuando la realidad se formula, naturalmente en ello se funda un interés. La pregunta que puede orientar el trasfondo de esta reflexión es: ¿Cuál es el tipo de realidad que como sociedad queremos deconstruir para nuestros jóvenes?

En tal sentido, se entiende en la presente obra, que existen condiciones reales sobre la cuales es necesario pensar como concepto al referir a poblaciones jóvenes. Tal condición no siempre obedece a un ideal político, social o económico, ya que existen múltiples formas de representación de problemáticas sociales, que vinculan la salud, la educación y formación, e incluso aspectos de orden legal frente a la población que obligan la ubicación de conceptos que permitan contextualizar las condiciones contextuales de los jóvenes, tanto como opciones de abordaje para generar conocimiento, como para propiciar elementos que permitan la comprensión de la naturaleza problemática como también de oportunidad social e histórica. En tal sentido, a continuación, se ubican algunos conceptos relacionados: justicia restaurativa, educación para la paz y competencias psicosociales, como un referente que puede aportar a una mejor comprensión de los procesos de violencia, pero también de construcción posible de acciones de paz en y con los jóvenes.

Referencias

- Aguirre, A. (1996). *Psicología de la Adolescencia*. México: Alfaomega.
- Alvarado, S. V., Botero, P. y Ospina, H. F. (2012). Experiencias alternativas de acción política con participación de jóvenes en Colombia: tendencias y categorías emergentes. En Borelli, S., s. Alvarado y Vommaro P. (Ed.) *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades* (pp.79-99) Rosario: Clacso – Homosapiens. http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20130308124950/Jovenes_politica_cultura.pdf
- Arendt, H. (1969). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ariés, P. (1987). El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. *Revista el Observador*, 8, 82-110.
- Balardini, S. (1999). Políticas de juventud: conceptos y la experiencia argentina. *Última Década*, (10), 3-17. <https://www.redalyc.org/pdf/195/19501004.pdf>
- Balardini, S. (2000). De los jóvenes, la juventud y las políticas de juventud. *Última década*, 8(13), 11-24. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362000000200002>
- Barrios, R.A. (2013). Los jóvenes y la red; usos y consumos de los nuevos medios en la sociedad de la información y la comunicación. *Signo y Pensamiento*, 28(54), 265-275. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86011409017>

- Berger, L. P. y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bok, S. (2011). *Lying: Moral choice in public and private life*. Vintage: Publishing Group
- Bordignon, N. A. (2012). El desarrollo psicosocial de Eric Erikson. El diagrama epigenético del adulto. *Revista Lasallista de Investigación*, 2(2), 50-63.
<https://www.redalyc.org/pdf/695/69520210.pdf>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Brito, L. R. (1998). Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud. *Última década*, 9, 1-7. <https://www.redalyc.org/pdf/195/19500909.pdf>
- Castro, M. C. (2005). *Transgresión, goce y profanación. Contribuciones desde el psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*. Bogotá, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
<https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/3131>
- Comenio, J. (1998). *Didáctica Magna*. México: Editorial Porrúa.
- Cubides, H. C., Laverde, M. C. y Valderrama, C. E. (ed.) (1998). *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central- Siglo del Hombre Editores.
- Dávila, L. O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última década*, 12(21), 83-104. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362004000200004>
- Feixa, C. (2013). Jóvenes en la calle. Cultura y conflicto. ÍConos - *Revista De Ciencias Sociales*, (25), 171-174. <https://www.redalyc.org/pdf/309/30910219.pdf>
- Freud, S. (1981a) *El porqué de la guerra*. Ensayo CLXVII. Tomo III. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Madrid.
- Freud, S. (1981b) *Consideraciones sobre la guerra y la muerte*. Ensayo XCIV. Tomo II. Obras completas. Madrid Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1930) *El malestar en la Cultura*. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Galtung, J. (1995) *Investigaciones teóricas sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid: Technos.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Gernika. Bakeaz.
- Galtung, J. (2003a) *Trascender y transformar. Una introducción al trabajo de conflictos*. México: Transcend – Quimera.
- Galtung, J. (2003b) *Paz por medios pacíficos. Paz, conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao: Gernika.

- Ghiardo, F. (2004). Generaciones y Juventud: una Relectura desde Manheim y Ortega y Gasset. *Última década*, 12(20), 11-46. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362004000100002>
- González, L. (1997). La comunicación humana como interacción simbólica. *Eleutheria*, 1, 38-52.
- Gonzales, O. F. (2017). Ciudadanías en tiempos violentos; la declinación de las reglas sociales y la emergencia de nuevos procesos cognitivos. En M. J. Niño., L. P. Valencia, y R. G. Ruiz. (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 19-46). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Gómez, E. (2014). *Ni ángeles, ni demonios. Hombres comunes. Narrativas sobre masculinidades y violencia de género*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.
- Gómez, A. y Narváez, M. (2018). Prosocialidad en niños, niñas y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales. Retos y reflexiones para la investigación social. *Diversitas, perspectivas en psicología*, 14(2), 263- 278.
<https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/diversitas/article/view/4949/4629>
- Gómez, A. S y Narváez, M. (2019). Mecanismos de desconexión moral y su relación con la empatía y la prosocialidad en adolescentes que han tenido experiencias delictivas. *Revista de Psicología*, 37 (2), 603-641. <https://doi.org/10.18800/psico.201902.010>
- Gómez, A. (2019a). Prosocialidad. Estado actual de la investigación en Colombia. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 10(1), 188-218. <https://doi.org/10.21501/22161201.3065>
- Gómez, A. S. (2019b). Potenciales prosociales en niños, niñas y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales en Colombia. *Quaderns de Psicologia*, 21(2), e1483. doi:10.5565/rev/qpsicologia.1483
- Gómez, A. S. (2019c). Conductas prosociales y su relación con la empatía y la autoeficacia para la regulación emocional en adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales. *Revista Criminalidad*, 61(3), 221-246. 61(3), 221-246.
<https://www.policia.gov.co/file/223753/download?token=JEAFxABX>
- Gómez, A. S. y Durán, N. (2020). Motivaciones prosociales, empatía y diferencias de género en adolescentes víctimas del conflicto armado e infractores de la ley. *Revista sobre la infancia y la adolescencia*, 18, 69-90. <https://doi.org/10.4995/reinad.2020.12771>
- Maffesoli, M. (1997). *Elogio de la razón sensible: una visión intuitiva del mundo contemporáneo*. Madrid: Paidós.
- Maffesoli, M. (2001) *La conquista del presente*. Natal (RN): Argos.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998) La construcción social de la juventud. En J. Barbero., M. Urresti., C. Peréa., M. Marguiles. y J. Valenzuela. *Culturas Juveniles: Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 45 – 67). Bogotá: Siglo del hombre editores.
- Margulis, M. (2001). Juventud: una aproximación conceptual. En B. S. Donas. (Comp). *Adolescencia y juventud en América Latina* (pp. 41-56). Cartago, Libro Universitario Regional.

- Margulis, M. y Urresti, M. (2008) *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Martín-Barbero, J. (2000). *Umbral: Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- Martín-Barbero J. (2004). Crisis identitarias y transformaciones de la subjetividad. En J. Martín-Barbero., G. Daza. y M. Zuleta. *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas* (pp. 33-45). Bogotá: Universidad Central.
- Moore, H. (2000). Fantasías de poder e fantasías de identidad: gênero, raça e violência. *Cadernos Pagu*, 14, 13-44.
<https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/cadpagu/article/view/8635341/3140>
- Moreno, P. y González, E. (Ed.), (2011), *Juventud urbana en situación de riesgo en Cali: una oportunidad para el cambio social*. Cali: Corporación Manos Visibles (MV), Fundación AVINA y la Alcaldía de Cali.
- Moreto, G., González-Blasco, P., Pessini, L. y Craice-de Benedetto, M. A. (2014). La erosión de la empatía en estudiantes de Medicina: reporte de un estudio realizado en una universidad en São Paulo, Brasil. *Atención Familiar*, 21(1), 16-19. [https://doi.org/10.1016/S1405-8871\(16\)30005-0](https://doi.org/10.1016/S1405-8871(16)30005-0)
- Muñoz, S. M. y Alvarado, S. V. (2011). Autonomía en movimiento: reflexión desde las prácticas políticas alternativas de jóvenes en Colombia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1(9), 115 - 128. <http://revistaumanizales.cinde.org.co/rlicsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/347/210>
- Musito, G., Román, J. y Gutierrez, M. (1996). Educación familiar y socialización de los hijos. Barcelona: Idea Books S.A.
- Niño, M. J., Londoño, V. P. y Ruiz, R. G. (Coords.) (2017). *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina*. Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Nolasco, S. (2011). *De Tarzan a Homero Simpson: Banalização e violência masculina em sociedades contemporâneas ocidentais*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Núñez, C. (2002). La interacción simbólica y la salud en jóvenes. En C Núñez., M. Ramírez., L. Jurado., P. Gíl. y J. Restrepo. (comp). *Promoción de la salud: experiencias universitarias* (pp. 71-79). Manizales: Alcaldía de Manizales, Grupo Interinstitucional de Programas para Adolescentes, Universidad de Manizales, Universidad de Caldas.
- Núñez, C. y Zambrano, H. L. (2002). Promoción de la salud: hacia una interiorización sociocultural. En C. Núñez., M. Ramírez., L. Jurado., P. Gíl. y J. Restrepo. (comp). *Promoción de la salud y jóvenes: Experiencias universitarias* (pp. 53-58). Manizales: Alcaldía de Manizales, Grupo Interinstitucional de Programas para Adolescentes GIPA, Universidad de Manizales, Universidad de Caldas.
- Núñez, C., Castrillón, M. D. y Bañól. R. J. (2002). Hacia una lectura de vivencias, relatos juveniles y habilidades para vivir en estudiantes, desde el proyecto para la

- promoción de la Salud y prevención integral de la Universidad de Manizales. En C. Núñez., M. Ramírez., L. Jurado., P. Gíl. y J. Restrepo. (comp). *Promoción de la salud: experiencias universitarias* (pp. 133-150). Manizales: Alcaldía de Manizales, Grupo Interinstitucional de Programas para Adolescentes, Universidad de Manizales, Universidad de Caldas.
- Núñez, A. C (2004). *Jóvenes universitarios y salud: Vivir la universidad*. (Tesis de Maestría). Manizales: Universidad de Manizales. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.26609.38246>
- Papalia, D. E y Olds, M. (2014). *Desarrollo Humano* (8º Ed.). México: Mc Graw Hill.
- Parra, S. R. (1995). El tiempo mestizo: Escuela y modernidad en Colombia. En Parra y Cajiao. *Proyecto Atlántida Estudios sobre el adolescente escolar en Colombia* (pp. 235-189). Cali: Fundación FES, Colciencias, TM Editores
- Perea, R. C. (2000). La sola vida te enseña: Subjetividad y autonomía dependiente. En: J. Martín-Barbero. *Umbrales: Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud* (pp. 71-116). Medellín: Corporación Región. <https://www.region.org.co/index.php/enterate/item/109-umbrales-cambios-culturales-desafios-nacionales-y-juventud-2000>
- Perez, D. y Mejía, M. (1997). *Parques, parches, galladas y escuela*. Bogotá: Cinep
- Reguillo, R. (2000). El lugar desde los márgenes. Músicas e identidades juveniles. *Nó-madas*, 13, 40-53. http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_13/13_3R_Ellugardesdelosmargenes.PDF
- Reguillo, R. (2007). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Editorial Norma.
- Restrepo, L. y Espinel, M. (1996). *Semiología de las prácticas de salud*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Roisin, P. (1999). Aspectos relacionados con la salud y los estilos de vida: Significados atribuidos por el vulgo a la salud y las conductas saludables. En C. De la CuestaA. (Comp). *Salud y enfermedad: Lecturas básicas en sociología de la medicina* (pp. 97 – 126). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Rousseau, J.J. (1982). *Emilio o la educación*. Paris.
- Schutz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Pirámide.
- Souto, K. S. (2007). Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. *Historia Actual Online*, (13), 171-192. <https://digital.csic.es/bitstream/10261/162771/1/208-783-1-PB.pdf>
- Taguenca, B. J. (2009). El concepto de juventud. *Revista mexicana de sociología*. 71(1) 159-190. <http://www.ejournal.unam.mx/rms/2009-1/RMS009000105.pdf>
- Tzuetan, T. (1991). *Teorías del símbolo*. Caracas: Ávila Editores.

- Valencia, L. P. (2017). Marginalización urbana: entre la violencia y la paz. Análisis de sus equilibrios dinámicos: El caso Medellín. En M. J. Niño., L. P. Valencia. y R. G. Ruiz. (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 67-92). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Verón, E. (1996). *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Welzer-Lang, D. (2008). A construção do masculino: dominação das mulheres e homofobia. *Estudios Feministas*, 9(2), 460-482. <https://doi.org/10.1590/S0104-026X2001000200008>